

# Capítulo 35

# FÉLIX DENEGRÍ LUNA

Homenaje



*HOMENAJE A FÉLIX DENEGRI LUNA*

Copyright © 2000 Fondo Editorial de la  
Pontificia Universidad Católica del Perú  
Av. Universitaria, cuadra 18, San Miguel  
Telefax: 460-0872  
Teléfonos: 460-2870, 460-2291 anexos 220 y 356  
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Derechos reservados, prohibida la reproducción de  
este libro por cualquier medio total o parcialmente,  
sin permiso expreso de los editores.

Primera edición: diciembre del 2000  
500 ejemplares  
Impreso en Perú - Printed in Peru

Hecho el Depósito Legal, Registro N° 1501222000-4715  
Obra completa: ISBN 972-42-376-X

Cubierta:

Diseño y diagramación: Gisella Scheuch  
Impresión: Siklos S.R.Ltda.

## Lima y su entramado social en la *Guía del viajero* de Manuel Atanasio Fuentes (1860)\*

TEODORO HAMPE MARTÍNEZ

La gentil invitación de la presidenta de la Asociación «Entre Nous» me permite intervenir en este acto de presentación de una nueva e importante contribución de César Coloma Porcari a la historiografía peruana, y en este caso particular a la historia social, la historia de costumbres, la historia urbana de nuestra Ciudad de los Reyes o Lima. Antecediéndome en el uso de la palabra, don Estuardo Núñez ha hecho una excelente presentación y un cumplido recuerdo de aquellas calles, con sus negocios en manos de extranjeros, que poblaban Lima en épocas no tan antiguas. Yo me voy a referir algo más concretamente al texto de la *Guía del viajero en Lima*, publicada por Manuel Atanasio Fuentes en 1860, tratando de situarla en las coordenadas políticas, ideológicas y sociales de su momento; aunque primero haré una remembranza de los cargos y las aportaciones intelectuales que ha logrado nuestro amigo Coloma Porcari (cf. Hampe Martínez 1994: 160; Cavanagh 1997: 200).

Desde hace por lo menos quince años César Coloma Porcari es una de las figuras más conocidas en los ambientes académicos limeños, donde se ha ganado un lugar principalísimo como investigador de la historia capitalina y como defensor del patrimonio monumental de Lima antigua, al mismo tiempo que como un eficaz promotor de cultura. Ha desarrollado esta última tarea desde variadas posiciones: primero como director de Cultura del Concejo Provincial de Lima (1983-1985), luego como director del Museo de Arte Italiano (1985-

\* Mensaje pronunciado el 1 de junio de 1998 en la Asociación «Entre Nous» de Lima, en el acto de presentación del libro de César Coloma Porcari (editor): *La Ciudad de los Reyes y la «Guía del viajero en Lima» de Manuel Atanasio Fuentes*. Lima: Instituto Latinoamericano de Cultura y Desarrollo, 1998, 546 p. Los números de las páginas correspondientes a las citas del texto de Fuentes, indicadas entre paréntesis a continuación de cada una, provienen de esta edición.

1987) y después como director del Museo Nacional de Historia, en la Magdalena Vieja (1987-1990), cuya propia historia desentrañó con documentos originales de la época del virrey Joaquín de la Pezuela. Ya en tiempos más recientes lo hemos tenido como director de la Biblioteca del Museo de la Nación y desde 1997 en su posición de director general del Centro Nacional de Información Cultural.

Se trata por lo tanto de una personalidad con muy amplia trayectoria, estrechamente vinculada a todo lo que es promoción de cultura, investigación y trabajo editorial. Así, debemos poner esta contribución de la *Guía del viajero en Lima* básicamente en relación con otras dos obras que Coloma Porcari ha editado en facsímil en años recientes, piezas también relacionadas con estadísticas, con nombres de calles y personajes, con costumbres, con todo lo que es el entramado social de nuestra capital. Me estoy refiriendo a la seria y minuciosa *Estadística de Lima* que publicó José María Córdova y Urrutia (1839, edición facsimilar de 1992), y a un pintoresco libro titulado *Lima antigua*, que en muestra de cariño a esta ciudad hizo imprimir el bibliógrafo francés Carlos Prince (1890, edición facsimilar de 1992). En este contexto de rescate, de puesta en valor de los documentos y monumentos de la Ciudad de los Reyes, hay que situar la nueva obra que comentamos.

Célebre periodista, abogado y funcionario limeño del siglo XIX, Manuel Atanasio Fuentes (1820-1889) nos brinda con la *Guía del viajero* una perspectiva de primera mano sobre la situación que atravesaba Lima en un momento de auge, cuando se disfrutaba la bonanza de la masiva exportación guanera. Como se recuerda bien, el aprovechamiento del guano como fertilizante —extraído sobre todo en las islas de Chíncha— permitió a mediados del siglo pasado consolidar las finanzas de la naciente República del Perú, saldar la deuda interna y externa y emprender una serie de reformas tecnológicas y administrativas que poco a poco iban despegando al país de la herencia que aún se vivía entonces de los tiempos del virreinato. Es por ello que 1860 resulta una fecha crucial, en la que todavía se producen ciertos conflictos por la confluencia de usos, costumbres e instituciones de variado origen histórico.

Aparecían en la organización política, administrativa y educativa nuevas corrientes subordinadas al modelo francés que en ese momento imperaba no solamente en el Perú, sino también en otras partes de la antiguamente denominada América hispánica. Y justamente por esos años, en la década de 1850, se puede documentar en algunos artículos de la *Revue des Deux Mondes*, publicada en París, el uso primigenio del término América Latina; con lo cual se rescataba una herencia común que nos vinculaba con España y Portugal, las «madres patrias» tradicionales de la época colonial, e igualmente con Francia y con Italia, naciones —grandes forjadoras de cultura— que habían estado dentro de la órbita de la civilización romana (cf. Rojas 1991: 343-356).

La *Guía del viajero en Lima* (rotulada de manera formal en la portada como *Guía histórico-descriptiva, administrativa, judicial y de domicilio de Lima*) era originalmente un volumen de pequeño formato, de 358 páginas. Fue impreso en los talleres de Arbieu, en Poissy, Francia, por cuenta del librero Felipe Bailly, propietario de la Librería Central en la Plaza Mayor de Lima. Se compone de seis partes que tratan de diferentes aspectos, establecimientos, fábricas, usos, costumbres, precios, profesionales y artesanos de nuestra capital. Con todo acierto, Manuel Atanasio Fuentes declara en el prólogo que su intención al componer esta *Guía* era doble: debía servir de orientación no solo a aquellos que, procedentes de lugares distantes, venían a avocindarse en Lima (lo cual sucedía por entonces con bastante frecuencia), sino también constituir una suerte de *vademécum* para los propios pobladores de la ciudad, pues no todos tenían acceso a esa información tan minuciosa sobre establecimientos comerciales o locales donde podían hacerse consultas y arreglos de variada especie. Se podría inclusive decir, salvando las distancias, que la cuarta parte o «Guía de domicilios y establecimientos» equivale a las *páginas amarillas* de nuestras guías telefónicas de hoy.

Estamos hablando, evidentemente, de una ciudad pequeña y que se mueve dentro del ámbito circunscrito a las murallas coloniales. Lima sigue siendo entonces una ciudad amurallada, en la que permanecen las obras de fortificación erigidas por el virrey duque de la Palata en los años 1680, con el propósito de resguardar a la capital de eventuales ataques de piratas ingleses, holandeses y franceses (cf. Lohmann 1984: 376-378). La manera más usual de división al interior de ese recinto era la pertenencia a una u otra parroquia, las cuales eran cinco: el Sagrario, San Marcelo, San Sebastián, Santa Ana y San Lázaro.

El ámbito de la encopetada parroquia del Sagrario de la Catedral incluía todas las manzanas circundantes a la Plaza Mayor, la parte más rica de la ciudad, donde estaban las grandes tiendas comerciales y las casonas solariegas. Luego estaba la iglesia parroquial de San Marcelo, que aún se halla en pie en el jirón Cuzco y cuyo ámbito más o menos comprendía desde allí hasta los bordes de la muralla, en la zona de la avenida Grau y el paseo Colón de nuestros días. En el extremo occidental de la ciudad estaba la parroquia de San Sebastián, cuya jurisdicción se extendía entre la avenida Tacna y el camino que conducía al Callao. Una cuarta parroquia en el recinto amurallado de Lima era la de Santa Ana, que comprendía básicamente todo lo que eran los Barrios Altos, la parte más elevada, aquella que se aproximaba las estribaciones andinas, e inclusive el Cercado o barrio donde moraban los indios (los que venían a rendir tributo a los encomenderos y prestaban servicio doméstico a los vecinos principales). La quinta y última parroquia quedaba cruzando el puente del Rímac, en la parte baja de la ciudad, como escribe Fuentes; era la iglesia de San Lázaro, en medio del arrabal del mismo nombre. Un solo puente, el puente de piedra situado tras el Palacio de Gobierno, comunicaba una ribera con la otra.

Y estamos hablando de una ciudad bastante pequeña también en términos demográficos. La situación exacta es la que anota Fuentes (p. 11) basándose en datos censales del año 1859, con cifras que son bastante fáciles de retener. Apunta que Lima tenía entonces 100.341 habitantes, de los cuales 23.714 eran naturales de Lima, o sea una porción relativamente pequeña de 23,63%. Menos de la cuarta parte de los avecindados en la capital eran limeños, mientras que 37.030 personas (o sea 36,9%) eran oriundas de otras ciudades y pueblos de la república; hecho que denota que ya entonces había una fuerte migración del campo a la ciudad, con gente que venía en busca de mejores oportunidades económicas. Con este mismo objetivo se establecían hombres y mujeres provenientes del extranjero: había entonces 39.597 personas (o sea 39,46%) naturales de otros países que estaban afincadas en la capital.

Eran básicamente inmigrantes de procedencia europea, ya sea alemanes, franceses, italianos, ingleses, españoles o de otras nacionalidades, que habían venido al amparo una serie de disposiciones de fomento dadas por los gobiernos republicanos del Perú. Y es que luego de proclamada la independencia se buscó la manera de desarrollar una incipiente tecnologización e industrialización, así como renovar la savia del espíritu y de la raza, según manifestaban los teóricos de entonces. Se pensaba de hecho que tales inmigrantes europeos vinieran con un *know how* práctico, con un conocimiento de técnicas y herramientas que ayudaran a mejorar la economía local y que sirvieran de motor, de punta de lanza en la modernización de la sociedad peruana (cf. Hampe 1991: 343-372 y Gootenberg 1993: IX).

Yendo más adelante en el texto tenemos que la *Guía del viajero* brinda una minuciosa descripción de los numerosos templos y establecimientos religiosos que se hallaban en la capital. Manuel Atanasio Fuentes destaca ciertamente la primorosa factura de las fachadas barrocas de iglesias construidas en la cercanía de la Plaza Mayor por las principales congregaciones durante la temprana época colonial. Son fachadas que todavía podemos felizmente admirar, como las de Nuestra Señora de la Merced, de San Agustín, de Santo Domingo y de San Francisco. Asimismo, se refiere a la iglesia de San Pedro, que entonces no ocupaban los jesuitas (por estar aún vigente la expulsión decretada por el rey Carlos III en 1767), sino la congregación de San Felipe Neri.

Luego viene un acápite de descripción administrativa, dedicado a las instituciones del Estado, las diferentes oficinas o ramos de la burocracia y los ministerios, los cuales en aquella sazón estaban alojados todos en Palacio de Gobierno. Era por cierto el viejo palacio heredado del tiempo de los virreyes, que ocupaba la misma manzana donde hoy están la residencia privada y las oficinas del presidente de la república y de sus asesores inmediatos. Había únicamente cinco ministerios, que eran los de Gobierno, de Relaciones Exteriores, de Guerra y Marina, de Hacienda y de Justicia, Instrucción Pública y Beneficencia.

Pero más importante que ello, como elemento demostrativo de la modernidad que paulatinamente empezaba a instalarse en la administración pública, es pasar revista a las direcciones generales o viceministerios que daban su verdadera estructura a la burocracia pues de ellas surgirán luego los ministerios tal como lo hemos conocido durante el siglo xx. Existían los viceministerios de Gobierno, de Culto, de Obras Públicas (o Fomento), de Gendarmería (o Policía), de Guerra, de Marina, de Hacienda, de Comercio, de Justicia, de Instrucción Pública (o Educación), de Beneficencia, y dos específicos de Relaciones Exteriores: uno para las relaciones continentales, es decir americanas, y otro para ultramar, básicamente de relaciones con Europa. Bajo esta dinámica y organización tenía lugar el manejo de los negocios públicos.

También se refiere Fuentes a una serie de problemas tocantes a la circulación monetaria en la época, debido a la irrupción de moneda feble de origen boliviano que circulaba fácilmente en nuestro territorio nacional. «La exportación de las barras para el extranjero y otras varias causas cuya relación es ajena de esta obra —escribe— han hecho desaparecer del país toda clase de buena moneda, no girando en la plaza sino la boliviana, de perverso tipo y de peor ley [...]» (pp. 54-55).<sup>1</sup> Entre los rezagos propios de la época virreinal hay que anotar, por cierto, la unidad monetaria: seguían en vigencia los pesos de a ocho reales, los famosos patacones emitidos con la plata del cerro rico de Potosí, los mismos que habían dado la vuelta al mundo con el nombre de *dólar español*.

Otro elemento heredado del tiempo de la dominación hispánica era el Tribunal del Consulado, cuyo funcionamiento tiene que ver con esa típica multifocalidad o coincidencia de diversos ámbitos judiciales que se daba en la España del antiguo régimen y, por tanto, también en sus dominios americanos. Si uno era, por ejemplo, miembro de la comunidad universitaria y cometía un delito, no era juzgado ante un tribunal civil general sino ante los jueces propios de su fuero, que era el fuero escolástico. Si uno estaba vinculado al Tribunal de la Inquisición, no siendo necesariamente clérigo pero sí familiar o representante del Santo Oficio en provincias lejanas, y cometía alguna falta, estaba amparado de igual modo en el fuero inquisitorial. Y si uno era comerciante y estaba registrado en el Tribunal del Consulado, que era la agremiación oficial de mercaderes, tenía la potestad de acogerse al fuero consular. Esto aún existía plenamente a las alturas de 1860, no obstante que el Consulado de Lima se había inaugurado en fecha tan temprana como 1613, por disposición del virrey marqués de

<sup>1</sup> La moneda feble boliviana, batida durante la administración presidencial de don José María Linareo (1857-1861, y ya antes), poseía 270 granos de peso y 666 milésimos de ley (cf. Vázquez Machicado 1991: 325).

Montesclaros (cf. Rodríguez Vicente 1960: 26-38 y Latasa Vassallo 1997: 507-513). La parte referente de la *Guía* de Fuentes es clara y anota al respecto:

El tribunal está situado en la calle de Mercaderes, n.º 19. Consta de un prior y dos cónsules nombrados por elección de los comerciantes. Conoce en las cuestiones contenciosas que se promueven entre o contra los comerciantes matriculados, que son los únicos que gozan del fuero de comercio. Proceden como jueces de paz en los juicios verbales, es decir, aquellos que no pasan de 300 pesos, y como jueces de primera instancia en los juicios escritos de menor o mayor cuantía. (p. 77)

Igualmente en la primera parte de dicha obra el autor hace referencia a las instituciones y la organización de la educación pública denunciando el estado de mediocridad y decaimiento en que se hallaba sumida la universidad de San Marcos de Lima. No era en vano, por supuesto, que el presidente Ramón Castilla (gobernante constitucional del Perú en aquel año 1860) había implementado una serie de cambios en el régimen educativo. A través de un nuevo reglamento de Instrucción Pública promulgado en 1855 había creado el sistema de la educación media o secundaria, alterando y fracturando el esquema usual desde tiempos muy antiguos pues se introducía un nivel intermedio entre la formación elemental, de «primeras letras», que se impartía en las escuelas elementales, y la educación profesional y científica de la universidad (adonde previamente, como sabemos, debido a la falta del nivel secundario, se ingresaba en edad adolescente).

Esto me lleva a tratar un aspecto de la realidad social del siglo XIX para mí muy importante, sobre el cual quisiera investigar todavía más a profundidad. Se trata del novedoso régimen de los colegios nacionales, dentro de una dinámica de tecnificación educativa y por el cual se creaba un solo colegio —por cuenta del Estado— en cada uno de los departamentos del país, de manera que se pudiera garantizar al mayor número de alumnos una instrucción de cinco años de nivel secundario. Así surgirán establecimientos de limpia y feliz memoria: el colegio nacional de San Ramón de Cajamarca, el colegio nacional de San Miguel de Piura, el colegio nacional de Santa Isabel de Huancayo, el colegio nacional de la Independencia Americana de Arequipa, el colegio nacional de Ciencias del Cuzco, el colegio nacional de San Carlos de Puno, etcétera. El colegio nacional perteneciente al departamento de Lima era, pues, el de Nuestra Señora de Guadalupe.

Por lo que hace a la centenaria universidad de San Marcos, ya hemos dicho que había caído en una situación de zozobra, de menoscabo en su importancia y fama, razón por la que se permitió que dos escuelas superiores —la de Medicina y la de Derecho— pudieran alternativamente otorgar grados académicos. Será interesante citar con detalle a Manuel Atanasio Fuentes, profesional del foro y sanmarquino de pura cepa, en este punto:



Poco a poco se ha introducido tal abuso que las funciones universitarias han tocado en lo ridículo; las lecciones para los grados se estudian con anticipación, la argumentación es una farsa, y los grados doctorales se confieren muchas veces sin actuación alguna. Tal es, entre otras causas, la del desprestigio de un cuerpo que en otros tiempos brilló por el saber e instrucción verdadera de la mayor parte de sus miembros. (p. 97)

Anota también que «hace algunos años que no se da ninguna clase de lecciones en la universidad, y el título de catedrático en ella no es sino honorífico» (p. 96).

Vemos pues que la *Guía del viajero en Lima* no se limita a brindar una relación digamos fría u objetiva de las instituciones, comerciantes, profesionales y artesanos existentes en la capital, sino que contiene valiosos comentarios y juicios críticos —pero a la vez constructivos— de su autor. En otras páginas se denuncia, por ejemplo, la pobreza de las colecciones y el ordenamiento del Museo Nacional, donde estaban reunidas «antigüedades y objetos de historia natural»; por entonces se hallaba en unos salones fronterizos a la Biblioteca Nacional de Lima, en la calle Estudios, es decir, a un costado de la iglesia de San Pedro.

Nuestra obra se refiere también a una serie de innovaciones que experimentaba entonces la vida urbana limeña. Una de ellas era el edificio de la Penitenciaría (conocido vulgarmente como el Panóptico), que estaba levantándose junto a las murallas virreinales de acuerdo con modelos norteamericanos que habían inspirado a don Mariano Felipe Paz Soldán, el historiador, geógrafo y jurista enviado por el gobierno de Echenique en 1853 para instruirse sobre la traza y funcionamiento de las penitenciarías en los Estados Unidos. Es de indicar que el Panóptico se mantuvo en pie durante todo un siglo, hasta ser derruido en los años 1960 para dar paso al moderno Centro Cívico de Lima (cf. Aguirre 1995: 343-372).

Otra obra nueva a la sazón era el Mercado Central, que acababa de inaugurarse en terrenos que habían pertenecido al monasterio de la Concepción. Entre las novedades menciona Fuentes asimismo el eficiente alumbrado a gas, que garantizaba la iluminación tanto en las calles de la ciudad como en las propias casas y constituía una verdadera revolución con respecto a la iluminación a vela que se había acostumbrado durante las centurias anteriores. De ahí proviene una palabra típicamente limeña que alude al nuevo oficio del «gas fitter», o sea el *gasfitero* (y todavía lo utilizamos incorrectamente en lugar de fontanero o plomero); era pues el hombre que venía a instalar el gas y la luz en los hogares. Además, la *Guía del viajero* se refiere a una importante novedad higiénica que era la canalización subterránea del desagüe: un instrumento sanitario que rompía el panorama de las calles limeñas, las cuales hasta mediados del siglo XIX contaban con unas acequias o canales abiertos por donde circulaban las aguas servidas. Y

así podemos con cierta aprehensión imaginar lo que serían los olores y los colores de la ciudad en aquel entonces.

No dejaremos de citar un invento trascendental que celebra Manuel Atanasio Fuentes en la era de las máquinas, a vapor: se trata del ferrocarril. Como es sabido, los primeros ferrocarriles que existieron en América del Sur fueron entero privilegio de nuestro país, el Perú, ya que aquí se inauguraron las vías férreas en 1851. El más antiguo fue el ferrocarril de Lima al Callao, que recorría un viejo camino de carretas, a lo largo de lo que hoy sería básicamente la avenida Colonial; y luego se puso en marcha otro ferrocarril que unía Lima con el pueblo o balneario de Chorrillos, siguiendo el trayecto correspondiente al moderno Paseo de la República (cf. Regal 1967: 41-51 y 56-61). Estas eran, en consecuencia, las grandes novedades tecnológicas del momento.

Nuestro autor enfoca con detalle a los diferentes tipos de comerciantes y a la identidad de los hombres que ejercían negocio mercantil en la capital. Los caracteriza esencialmente en tres categorías: **almaceneros**, tenderos y mercachifles. Los almaceneros, como su nombre lo indica, eran vendedores al por mayor que tenían almacén, donde guardaban y comerciaban grandes cantidades de géneros, en su mayoría mercancías importadas de Francia e Inglaterra. Los tenderos eran los que poseían una tienda de expendio de mercancías y ejercían el comercio al por menor. Y los mercachifles, que siempre los hubo, eran los vendedores ambulantes o esos modestos «cajoneros de ribera» que desarrollaban el mercadeo en pequeñas covachuelas ubicadas en la Plaza Mayor de Lima, en el atrio de la Catedral y en los bajos del Palacio de Gobierno; su trájín era realmente al menudeo.

Quisiera abundar en los conceptos que hace un rato vertía don Estuardo Núñez sobre la identidad de aquellos comerciantes diversos, que en gran medida provenían de naciones europeas y eran unos «recién llegados», vale decir, un nuevo segmento en la colectividad limeña y peruana. Podemos observar que, según las diferentes profesiones u oficios, varía el nivel de presencia de estos pobladores inmigrantes; pero a la luz de la propia documentación recogida por Fuentes se percibe un caso muy curioso en el gremio de los sastres. Casi todos los sastres recomendados por la *Guía del viajero en Lima* venían directamente de Europa; y me permitiré citar a manera de ejemplo la nómina que el libro presenta. Dice así, en un listado que deja percibir los nuevos apellidos de gente extranjera:

Hay 193 tiendas de sastrería y 1.742 sastres entre maestros y oficiales. Las tiendas principales son las de: Santiago Huby, Portal de Escribanos; Hipólito Prugue, calle de Mercaderes; Simón Schweritz, calle de Espaderos; N. Rosak, esquina de Lescano y Merced; Juan Cheesman, calle de Mercaderes; Guillermo Arthes, calle de la Merced; R. Falquette, calle de Espaderos; N. Bals, calle de Espaderos; N. Vinatier, calle de Espa-

deros; Cortázar y Garay, calle de Bodegonos; N. Aransolo, calle de Bodegonos; y Juan Guevara, esquina de Espaderos y Plateros. (p. 214-215)

Un ámbito del pasado histórico que me interesa mucho, y creo que interesa en general a todos los investigadores modernos, es una suerte de historia inominada en la que no participan los grandes personajes de la política y la sociedad sino que atiende a la reconstrucción de la vida cotidiana, de los sentimientos íntimos, las actitudes, las mentalidades, las costumbres, los gustos, las modas, las comidas, los sabores, etcétera. Para todo esto resulta muy importante el trabajo de Fuentes, pues nos brinda una aproximación de primera mano a lo que era la vida simple, día a día, en la ciudad de Lima por entonces.

Podemos mencionar en este contexto la herencia colonial o hispánica que se percibe en el ámbito de los horarios tanto de vida como de trabajo. Imperaba una organización del régimen laboral bastante peculiar, con horas corridas hacia el segmento final de la mañana. Al hablar de las diferentes oficinas públicas, la *Guía* señala repetidamente que se empezaba a atender desde las 10 u 11 de la mañana, horario que al parecer valía también para los comerciantes, artesanos y profesionales liberales. No obstante que se comenzaba con tanto retraso, la sesión laboral se detenía alrededor de las 3 o 4 de la tarde. No existía nada parecido a la jornada partida, sino que la sesión culminaba simplemente con un almuerzo tardío.

Cabe decir, por lo tanto, que regían los horarios típicos de Castilla: se desayunaba casi a media mañana, se almorzaba a mitad de la tarde y se cenaba ya avanzada la noche, y con abundancia de platos. Todo esto se puede referir mejor con una cita textual que concierne a los principales hoteles para turistas en Lima a mediados del siglo XIX. El albergue más renombrado, o el más caro en todo caso, era el hotel Morin, propiedad de un francés apellidado Courrejolles, ubicado sobre la Plaza Mayor, en el Portal de Escribanos; y la descripción que hace Fuentes para los eventuales visitantes señala:

[...] hay 46 habitaciones, cuyo precio varía de tres a diez pesos diarios; mesa redonda a las nueve y media de la mañana y a las cuatro de la tarde. El abono mensual a la comida es de 45 pesos; el servicio es a la francesa; se habla español, francés e inglés. Hay en la parte baja de la misma casa un café con mesas de billar y un establecimiento de baños tibios. (pp. 230-231)

Al hilo de los hoteles y albergues se hace una descripción de las principales fondas o restaurantes, sitios públicos a donde se podía ir a comer. Fuentes recomienda especialmente la fonda de Pellisier —otro francés— en el callejón de Petateros, y describe el número de platos que se servían por la tarde y en la noche, en los horarios de almuerzo y de cena. Transcribo literalmente:

[...] el almuerzo y la comida tienen el precio invariable de 6 reales el primero y un peso [o sea 8 reales] la segunda, sin contar el vino, que se paga por separado. No hay tampoco en esa casa lista ni elección de platos. Se dan para el almuerzo cinco guisos diversos, té o café, mantequilla y pan a discreción; en la comida, sopa, seis platos variados, un postre, fruta y pan a discreción. (p. 226)

Hay muchos otros elementos del mismo jaez, minuciosos y simpáticos, que nos dan una idea de lo que era la vida cotidiana de Lima, cómo se alimentaban, cómo trabajaban, cómo se divertían y cómo satisfacían sus necesidades básicas aquellos cien mil habitantes que poblaban la metrópoli limeña. Manuel Atanasio Fuentes no se exime de criticar algunas costumbres que le parecen bárbaras, reprobables, tales como los juegos de carnaval: «Se diría, y con razón, que en esos tres funestos días pierden el juicio las dos terceras partes de los habitantes de Lima, y que la otra tercera es la víctima de aquella locura» (p. 266). También denuncia la superstición que rodeaba las ceremonias de entierro de niños, basadas en la creencia de que al dar sepultura a un párvulo se iba un ángel al cielo, y al buen liberal y masón que era nuestro autor —embebido de la ideología europea— le parecía necesario desterrar aquellos pensamientos.

Quisiera, además, evocar las costumbres de vida hogareña en un aspecto tan simple pero necesario como el lavado de ropa. Viajero, al fin, quien consultaba el libro que reseñamos buscaría enterarse qué hacer para limpiar sus trajes y prendas íntimas. Aquí responde Fuentes con una caracterización del defectuoso servicio que prestaban las mujeres lavanderas de Lima:

Las lavanderas que no tienen establecimiento recogen y entregan la ropa en las casas de las personas que las ocupan; la entrega es regularmente quince días después de haber recibido las especies; hay muchas excesivamente morosas, otras que usan y hacen usar por sus maridos y parientes la ropa que se les da a lavar; otras que pierden o se quedan con algunas especies, y algunas que cambian de domicilio sin que se pueda dar con ellas. El servicio de las lavanderas, como el de todos los sirvientes en general, no puede ser en ninguna parte peor que en Lima. (pp. 209-210)

El panorama citadino demuestra en general el paulatino reemplazo de las costumbres, las instituciones, la mentalidad heredada del virreinato, por esa nueva moda, esos nuevos usos a la francesa que empiezan a imponerse justamente de la mano del *boom* de la explotación guanera. Así es que Fuentes comenta el vestido de las mujeres limeñas, celebrando cómo se iban reemplazando los atuendos tradicionales —aquellos que todavía representan las acuarelas de Pancho Fierro— con que las limeñas se vestían (o, mejor dicho, se tapaban) para salir a la calle. La frase correspondiente es la que sigue:

Al fin perdió su imperio la saya; al fin desapareció el cucurucho llamado manto, que apenas dejaba ver entre sus pliegues un ojo picaruelo o un torneado brazo considerado por su dueño como digno de ser lucido, y la moda francesa adornada de gorras, de plumajes, flores, cintas y encajes, vino a prestar mayor realce a la belleza limeña. (p. 246)

Aquello también nos da oportunidad de recordar la sabrosa tradición de Ricardo Palma sobre *El baile de La Victoria*, que rememora la célebre fiesta ofrecida por el presidente Rufino Echenique en 1853 y donde se percibía ya ese desapego, esa curiosa diferenciación entre dos aristocracias: la nobleza antigua de las damas que se presentaron ataviadas con alhajas de plata, pues era el metal precioso típico y heredado del virreinato, y la nueva burguesía o nuevo grupo social emergente de los consignatarios del guano y grandes comerciantes, cuyas damas se presentaron adornadas con joyas de oro, símbolo de su reciente riqueza.<sup>2</sup>

Ya casi para terminar señalaremos algo respecto a la comida vernácula, también llamada criolla: me refiero a los platos típicos que se consumían en el medio urbano de Lima, muchas veces con ingredientes propios de la serranía andina. Aquí observamos desde luego la impronta del mestizaje, que no solo es biológico sino también cultural. En este aspecto culinario Fuentes pretende tomar distancia respecto a las costumbres de su tierra y, plegándose quizá al gusto europeo, llama la atención de sus potenciales lectores sobre el sabor extremadamente picante, de veras mortificante, de la comida típica limeña. Se refiere desde luego a los platos que se guisaban en las picanterías, donde se acompañaban con la tradicional «chicha de jora». *La Guía del viajero* apunta en esta materia:

Las comidas eminentemente nacionales son los picantes, que con tanto placer saborea la plebe, sin que su consumo se limite al círculo de ésta. Los picantes son más bien venenos que alimentos, por la grande cantidad de ají que en ellos entra. Para los aficionados es más sabroso aquel guiso que más los mortifica al tiempo de comer, y hay persona a quien la acción cáustica del ají arranca lágrimas y que, sin embargo, suena la lengua en señal de placer. Es preciso confesar que un placer que se goza rabiando, es un maldito placer. Los picantes se hacen de carne, pescado, charqui, papas etc.; pero el picante más picante, el que más lágrimas arranca (después de los celos) es el *seviche*. Consiste en pedazos menudos de pescado o en camarones que se echan en zumo de naranjas agrias, con mucho ají y sal; se conservan así por algunas horas hasta que el pescado se impregna de ají y casi se cocina por la acción cáustica de éste y del agrio de la naranja. El que ha pasado por el gusto de comer *seviche*, tiene que experimentar después el de permanecer algunos ratos con la boca abierta y el de sufrir cuando menos una irritación intestinal. (p. 264)

<sup>2</sup> El punto ha sido convenientemente tratado por Luis Eduardo Wuffarden (1997: 312-313).

## Bibliografía

- AGUIRRE, Carlos. «La Penitenciaría de Lima y la modernización de la justicia penal en el siglo XIX». En: Aldo PANFICHI y Felipe PORTOCARRERO (eds.) *Mundos interiores. Lima, 1850-1950*. Lima: Universidad del Pacífico, Centro de Investigación, 1995.
- CAVANAGH, Jonathan (ed.). *Top People in Peru / ¿Quién es quién?* Lima: Peru Reporting, 1997.
- COLOMA PORCARI, César (ed.). *La Ciudad de los Reyes y la «Guía del viajero en Lima» de Manuel Atanasio Fuentes*. Lima: Instituto Latinoamericano de Cultura y Desarrollo, 1998, 546 p.
- CÓRDOVA Y URRUTIA, José María. *Estadística histórica, geográfica, industrial y comercial de los pueblos que componen las provincias del departamento de Lima*. Lima: Imp. de Félix Moreno, 1839.
- GOOTENBERG, Paul. *Imagining development. Economic ideas in Peru's «fictitious prosperity» of guano, 1840-1880*. Berkeley: University of California Press, 1993.
- HAMPE MARTÍNEZ, Teodoro. «César Coloma Porcari», en *Enciclopedia Biográfica e Histórica del Perú, siglos XIX-XX*. Tomo III. Lima: Editorial Milla Batres, 1994.
- «Una dinámica de integración social: inmigrantes europeos y norteamericanos en Lima (siglo XIX)». *Ibero-Amerikanisches Archiv*, Neue Folge, 17, Berlín, 1991.
- LATASA VASSALLO, Pilar. *Administración virreinal en el Perú. Gobierno del Marqués de Montesclaros, 1607-1615*. Madrid: Centro de Estudios Ramón Areces, 1997.
- LOHMANN VILLENNA, Guillermo. «El apogeo del virreinato peruano». En: *Historia General de España y América*. T. IX/2. Madrid: Ediciones Rialp, 1984.
- LÓPEZ MARTÍNEZ, Héctor. *Los 150 años de «El Comercio»*. Lima: Emp. Editora El Comercio, 1989.
- PRINCE, Carlos. *Lima antigua*. Lima: Imp. del Universo, 1890.
- REGAL, Alberto. *Castilla constructor. Las obras de ingeniería de Castilla*. Lima: Instituto Libertador Ramón Castilla, 1967.
- RODRÍGUEZ VICENTE, María Encarnación (comp.). *El Tribunal del Consulado de Lima en la primera mitad del siglo XVII*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1960.
- ROJAS MIX, Miguel. *Los cien nombres de América; eso que descubrió Colón*. Barcelona: Lumen, 1991.
- VÁZQUEZ MACHICADO, Humberto. *Glosas sobre la historia económica de Bolivia. El hacendista don Miguel María de Aguirre, 1798-1873*. 2ª ed. La Paz: Editorial Don Bosco, 1991.
- WUFFARDEN, Luis Eduardo. «Platería republicana y contemporánea». En: José TORRES DELLA PINA y VICTORIA MUJICA (eds.). *Plata y plateros del Perú*. Lima: Patronato Plata del Perú, 1997.